



Ya vamos a llegar a la Cachimba

por Andrés Ayala Nevárez

I

Matías pasó muy temprano con su camioncito a recoger el menaje y la mercancía que llevaría de La Capital a un rancho cercano a Escolásticas. El negocio de vinos de su amigo Luyando había fracasado. Ahora, mercancía y ajuar serían traspuestos a la Finca Pulliat. Luyando, tras reconocer lo inviable de su empresa, había prometido a su patrón su apoyo incondicional. El jefe le indicó que lo esperara en una fonda de Escolásticas. Luyando, a pesar del fracaso, guardaba la esperanza de empezar un negocio más rentable.

1

Imagen recuperada de: <https://www.pexels.com/es-es/foto/carro-rustico-rojo-cargado-de-botellas-vintage-30829236/>

PATHOS

Matías llegó al departamento donde recogería una mesa, las sillas, una cama hechiza, un excusado, un lavabo miniatura y veinte cajas de vinos; blancos, tintos, baratos y finos. Una de las cajas, subida discretamente por Luyando al camioncito, iba hasta el tope de fajos de dólares.

II

La lluvia en la ciudad era intermitente, pero no paraba desde hacía dos días. El asfalto brillaba, oscuro.

— Mala suerte —dijo Luyando, sacudiendo la mano.

— Esta lluviecita es de mala suerte.

— ¿A qué hora llegaremos a Escolásticas? —preguntó a Matías—.

— ¿A la Finca Pulliat o a Escolásticas? —contestó Matías, con la vista fija en el parabrisas—.

— A Escolásticas, tengo un asunto ahí —dijo Luyando, la voz áspera, cortante—.

Cuty, el chofer que acompañaba a Matías, se metió a la plática:

— A eso de las dos de la mañana porque hay que pasar a la Caseta a refaccionarse.

A esas horas ya hace hambre. La Cachimba nos espera.

¿Cachimba? Luyando miró a Matías, su ceño se frunció.

Murmuró Luyando: — Yo pensaba que no nos detendríamos en ningún lado hasta Escolásticas para no llegar muy tarde a la Finca. Ya con voz clara, ordenó a Matías: — Toma otra ruta para llegar pronto a la caseta.

Pero no llegaron a la caseta en el tiempo estimado. En un paso a desnivel de la ruta alterna, pegada a los cerros, un grupo de jóvenes bloqueaba el paso. Una sábana mugrosa cubría el cuerpo de uno de los suyos, tal vez un reciente huésped de esa comunidad de casi niños que inhalaban limpiador para PVC. El buhonero Matías clavó la mirada en el ya desesperado chofer al que le urgía llegar a la Cachimba. Una ambulancia recogió el cuerpo del joven atropellado.

III

Cuty tiene cara de fruto seco y el cuerpo lleno de cicatrices. Guarda con orgullo el papel que lo acredita como conductor de camiones medianos, cuando mucho, por un año. Por eso lo contrató Matías, quien

2

PATHOS Ya vamos a llegar a la Cachimba • Andrés Ayala Nevárez

Profesor y narrador, autor de Hormigas voladoras y otros cuentos. (2012). México.



calculó que no mermaría sus ganancias, sino que podría incrementarlas.

Hay un Tianguis de Choferes que tiene fama en el asunto de la renta. Los despachadores de las líneas de tráileres proporcionan información sobre los conductores que serán desechados por su merma en los reflejos, consecuencia del prolongado consumo de coca. En su momento, son entrevistados por los dueños del tianguis, unos hermanos rehabilitados, quienes confirman que los adictos han abandonado todo vínculo familiar, al mismo tiempo que valoran energía y capacidad para conducir en tramos cortos sin provocar algún accidente. El acuerdo de renta del chofer es monetario, aunque también de compromiso del contratante. Hay que suministrar una dosis cada tanto tiempo y, además, alimentarlo, vestirlo y tratarlo como ser humano. Una regla de oro era regresarlo al Tianguis de Choferes cuando se terminara el plazo.

— Necesita refaccionarse cada 12 horas, amigo —le dijeron a Matías, al pedirle \$30,000 pesos para dejarlo ir a trabajar. Ahora el chofer estaba a punto de cumplir un año con él.

IV

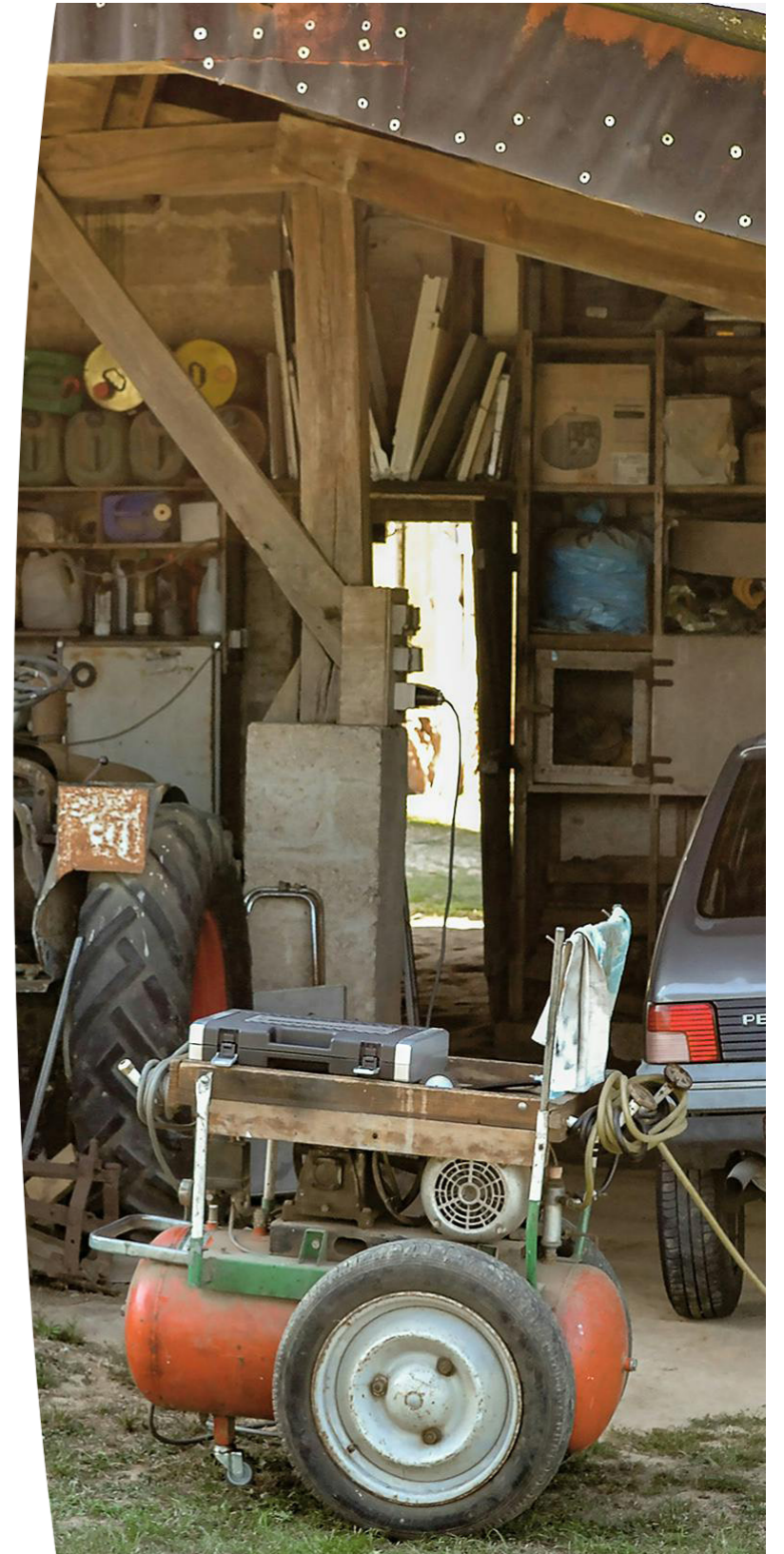
Al pasar la caseta de cobro y casi al final de la callecilla lateral donde están los negocios de comida, refaccionarias pequeñas, vulcanizadoras y demás, está la Cachimba. Ahí llegaron.

Luyando y Cuty se acomodaron en una mesa del rincón, mientras Matías hablaba con el encargado de las refacciones, un hombre cuarentón de trato poco amable, pero amistoso con Cuty, a quien dirigió, a hurtadillas, una sonrisa cómplice.

Habían sido compañeros de correrías cuando ambos trabajaban en una línea de autobuses.

— Un “papel” para 12 horas —dijo Matías al poner, discreto, el dinero en mano del encargado.

Matías fue a la mesa donde estaban sus acompañantes. Después de ordenar unos tacos, Cuty fue al baño. Matías le había entregado la dosis de cocaína. Luyando no se dio cuenta del pase del “papel” al chofer. Cuando lo vio regresar, lozano y chispeante, un fogonazo de lucidez le hizo entender el apuro para llegar a la Cachimba, pero aún no le alcanzaban sus luces para ver el juego completo que ambos traían entre sí.



V

Continuaron el viaje. Apenas avanzaron unos cuantos kilómetros rumbo a Escolásticas cuando pararon en un retén policíaco. Matías dijo a Luyando:

— No te preocupes, las cajas de vino vienen mero atrás. Tengo las facturas — respondió Luyando, nervioso, pero sin animarse a decirle que una caja estaba repleta de dólares.

Los policías parecían no tener prisa con Matías. Estaban en lo suyo, revisando y tanteando a ver a qué otros conductores podrían “torcer”. Matías les dijo a los polis que hacía una mudanza a un amigo, sugiriéndoles revisar el camioncito. Los

policías no se dieron por enterados y entonces Matías, sabedor de los usos y costumbres, “untó” billetes en la mano de uno de ellos. Amigos no eran, porque siempre estaban en rotación. Pero ya se sabía por esos lares que ese camioncito era raro pero inofensivo. Era el chacharero y nada más.

Mientras tanto, Cuty vio en el sobre de coca una frase que el despachador de la Cachimba había escrito: “cuídate del finiquito de Matías. Te va a desechar pronto. El hombre con cara de fruto seco tuvo un golpe de realidad en su mente alucinada. Un impulso lo empujó a contar las posibles intenciones de Matías que podrían perjudicar a Luyando. En unos minutos lo hizo: le contó que él y

Matías habían estado robando pipas de pegamento líquido. La pipa más reciente la escondieron en una brecha poco transitada del Rancho Pulliat.

Cuty le dijo su temor de que Matías lo matara porque tenía encima la leyenda de que los “choferes temporales” se le “enfermaban” del estómago y se morían por cualquier cosa cuando el tiempo de regresar al tianguis estaba por terminarse. El “finiquito” de Cuty estaba cercano. Si salía vivo era probable que lo rentaran para limpiar parabrisas de camiones o tirar la mierda de los depósitos que algunos transportes desechaban en esa zona. Y, si no, seguramente moriría a manos de Matías.

Quizá por eso puso al tanto a Luyando de las rutas de los transportes del pegamento —materia prima de la “mona”— que hacía años proliferaba en los barrios populares de la gran ciudad y de los estados aledaños, gracias a que los productores habían logrado que esos envases amarillos no tuvieran la etiqueta de alta toxicidad. El tolueno al alcance de los pobres. El robo de pipas y la distribución a granel del producto en ciertos puntos de venta, era ya competencia a las tlapalerías debidamente establecidas de la ciudad y zona conurbada, y puso en estado de alerta a los productores, dueños de una enorme instalación de donde salían dos tráileres diarios para llegar a las bodegas donde enlataban.





— A usted —le dijo apresurado Cuty a Luyando

— Matías se lo echará al plato si descubre que ahí escondemos las pipas robadas.

Luyando sonrió. El dueño del dinero a quien vería en Escolásticas, había sido contratado para buscar a los que les robaban las mercancías. Y un golpe de suerte los ponía a su alcance. La información de Cuty le dio ideas brillantes para hacer menos duro su fracaso en el negocio de lavado que le había sido encomendado.

VI

Cuando llegaron a Escolásticas, Luyando pidió a Matías que lo esperara unos minutos.

— Tengo que hacer una visita rápida —les recordó—.

Saber que la mayor parte de la inversión en el fallido negocio de vinos regresaba a ellos, aminoró el enojo del Jefe con Luyando. Escuchó su historia sobre Matías. Le gustó la propuesta para hacerse del negocio de las pipas.

Luyando regresó al camioncito buhonero que la hizo de mudanza; su rostro ya sin la máscara de nerviosismo. Dijo, sin coraje, con voz grave:

— Mira Matías, el mero Jefe, que es mi compadre, me pidió que le entregara a los ladrones de las pipas. Los productores le pidieron su cabeza.

El semblante de Matías se puso tieso como un bolillo de dos días. Encarrerado, Luyando le dijo:

— Me querías joder, cabrón Matías.

— Soy tu paisano —alcanzó a decir Matías—. Casi somos de la familia.

— ¡La Familia! Eso que dijiste que vale más que pinchemil pipas, Matías —dijo Luyando—.

— ¡La Familia! — ahora lo dijo con un grito—.

Los dos soltaron la carcajada. Los barrios de la Gran Ciudad y estados aledaños tendrían un nuevo proveedor de inhalantes.

Y Cuty jamás sería un limpiaparabrisas.